

# Análisis del final de dos novelas de Clarín

Eduardo Mateo

**E**l cotejo de los finales de **La Regenta** y de **Su único hijo** es un hecho que no ha merecido la atención de la crítica clariniana; me parece, cuando menos, llamativo. No es habitual que un autor acabe sus dos únicas novelas con un final donde intervienen los mismos elementos. Veamos, pues, el paralelismo existente entre los finales de estas dos obras:

**LR.-** El Magistral y Ana se encuentran en una capilla en solitario.

**SUH.-** Bonifacio y Serafina también.

**LR.-** Ana siente deseos de regeneración por la fe, busca la paz perdida.

**SUH.-** Bonifacio siente deseos de regeneración por el hijo, que como fácilmente se percibe es también cuestión de fe.

**LR.-** Ana cayó sentada en la madera.

**SUH.-** Bonifacio tuvo que apoyarse en el altar para no caer.

**LR.-** Ana "había creído sentir sobre su boca el vientre viscoso y frío de un sapo".

**SUH.-** A Bonis "le pareció de repente una culebra"... "¡Ah, exclamó Bonis, como si hubiera sentido a su amada envenenarle la boca al darle un beso..."

Los elementos comunes resultantes de estos paralelismos son los siguientes:

1.- El último encuentro se produce en la iglesia. Simbología espacial.

2.- Ansias de regeneración.

3.- Conmoción física. El mito del rayo de luz paulístico.

4.- La simbología de la culebra y el sapo.

5.- Negación de auxilio, expulsión del paraíso:

-una, acudiendo a lo religioso: Ana.

-otro, adentrándose con lo humano: Bonis.

En este eslabón que se refleja a sí mismo en dos finales, es posible que nos encontremos con uno de los más grandes gritos de desengaño, capaz de encerrar en sí mismo todo un canto de pesimismo vital. ¿Por qué Clarín les niega la regeneración a ambos personajes y por diferentes vías? Es un hecho curioso, por una parte, e indicador, por otra, el que el autor condene a ambos protagonistas de una misma manera y con seis años de diferencia. En ambos casos ha llegado a la misma solución, aunque por caminos diametralmente opuestos. En **La Regenta** analiza a la sociedad y condena a Ana. En **Su único hijo** analiza a un personaje y lo condena igualmente.

Ambos acuden a regenerarse a la iglesia. Su esperanza se deposita en aquellas capillas sombrías. La iglesia, en este caso, claramente lo dice en **Su único hijo**, adquiere el papel de madre: "Reconocía que la iglesia en aquellos trances parecía efectivamente una madre" (SUH, pág. 209)\*. La iglesia, en este papel de madre, representa una vuelta a lo natural y un asidero: "Creyó salvarse cogida a aquella tabla de aquel cajón sagrado que tantos sueños y dolores suyos sabía" (LR, pág. 898). Es esa vuelta al útero, al espacio acogedor, desde donde sea posible la reencarnación.

Son, Ana y Bonis, dos personajes que tienen un rasgo común en su personalidad: la inseguridad de carácter. Este hecho los determina a ambos. Un soporte, un asidero, y, sobre todo, la negación de un pasado desde la que volver a andar el mismo camino es lo que los dos buscan en esa iglesia-madre. La iglesia los expulsa de sus muros espirituales en una actitud condenatoria, con la negación de auxilio, anulando su intento de regeneración, su salvación, en la que ambos habían depositado no ya sólo la esperanza, sino su propio ser. En ambos casos, la fe no basta para regenerarse, debe ir acompañada de algo más. Por otra parte, la lógica literaria no permite a los personajes recomenzar una serie de secuencias ya realizadas. La vuelta a la Catedral de Ana es un intento de repetir los mismos caminos, por eso carece de sentido y es violentamente rechazada. Parecido le sucede a Bonifacio Reyes; el espacio, en su caso más psicológico que en **La Regenta**, es la reminiscencia de ese misticismo evasivo del que se ha servido durante toda su vida. Ambos han agotado todos los caminos que se habían propuesto para realizar su propio ideal de vida, por eso ese espacio, más psicológico que físico en esos momentos, les falla a ambos. El cargo inmutable a ambos personajes no es lo ya realizado, sino su intento de repetir la misma trayectoria ya fallida.

La negación, por parte del autor, de un final feliz es la constatación consecuente del fracaso vital de los personajes. Cualquier otra solución salvadora hubiera sido falsificar el curso de los acontecimientos. La negación viene dada a continuación de la intromisión del elemento pecado: el sapo y la serpiente, ambos con un significado parecido. En los dos casos el rechazo se produce por boca de otros tantos personajes que han representado la introducción de los protagonistas en su mundo. Celedonio es quien presenta a Ana en **La Regenta** y quien la despide; Serafina es quien abre las puertas de la realidad a Bonifacio en **Su único hijo** y con quien se le cierran. La serpiente y el sapo simbolizan la lujuria. Aquella es el arquetipo de la seducción. El seductor se convierte en el repugnante. La serpiente representa la seducción de la fuerza por la materia, constituyendo la manifestación concreta de los resultados de la

involución, la persistencia de lo inferior en lo superior. El sapo tiene esa misma significación, la cual ha sido preparada previamente por Clarín para la escena final<sup>(1)</sup>. Es por eso que ni Ana ni Bonifacio pueden levantar su vuelo, porque están intentando retroceder a sus comienzos. Jung, refiriéndose a la serpiente, y creo que puede extenderse también al sapo, señala que constituye un excelente símbolo de lo inconsciente que expresa su presencia repentina, inesperada, su interposición brusca y temible. Añade que, psicológicamente, es síntoma de angustia y expresa una anormal animación del inconsciente, es decir, una reactivación de su facultad destructiva. El beso de la serpiente, o del sapo, no aparece en función de la condena de una falsa espiritualidad o de un exceso de materialismo, ni como en la religión como ejecutora de la justicia divina, sino como lógica implacable de la involución que pretenden los personajes. Parece que Alas más que participar del sentido moderno, desde la rehabilitación romántica, de la serpiente de liberar a la luz lo que se ha visto en la noche, asume el simbolismo cristiano de la serpiente como suma de los valores nocturnos que constituyen el barro del espíritu, su detritus, por tanto condenable; otro tanto sucede con el simbolismo del sapo. No creo que sea desvariar demasiado pensar que el hecho de utilizar la serpiente, símbolo del Antiguo Testamento y no cualquier otro del Nuevo, nos induzca a pensar que la moral insinuada por Clarín no sea la católico-burguesa, sino una moralidad de Antiguo Testamento, es decir, una moral más natural; una moral de consecuencia con los propios actos, de responsabilidad individual.

Torrente Ballester niega que el final de **La Regenta** sea una forma de castigo. "Ana Ozores aparece ahí derrotada por Vetusta, arrastrada por un lodo. Pero Vetusta no ha logrado asimilar a Ana, no ha podido someter su alma. El aparente castigo material, llevado al extremo de la profanación (y sólo se profana lo que aún es sagrado), descubre la victoria moral (el triunfo del dolor) en esa mujer que vuelve a la vida rasgando las nieblas. Es éste un motivo constante en la obra de Clarín, que puede condensarse en estas palabras de un cuento suyo memorable: 'los deslices de los llamados a no tenerlos tienen pronta y aguda pena, para que el justo no se habitúe al extravío'"<sup>(2)</sup>. Efectivamente, el dolor puede interpretarse como elemento purificador, por eso queda un resquicio de esperanza; pero ya no creo que sean tan aplicables esas palabras que trae a colación del propio autor al caso de Ana Ozores. Tratar a Ana como la justa de la obra me parece, amén de maniqueísmo, aniquilar de un plumazo toda la complejidad psicológica del personaje. No es, evidentemente, una condena mozigata la de Clarín; sino un dejar al personaje que continúe su propio camino sin redenciones externas, y, acaso, demasiado fáciles y edulcoradoras de la realidad, de esa realidad que Ana se niega perseverantemente a ignorar y que le pasa inclemente factura. Ana se desmarca una y otra vez de los demás; quiere distinguirse. Y eso es algo que el cuerpo social no perdona y castiga con rapidez y en exceso. "Ese residuo de falso orgullo es lo que se condena en el espantoso momento final de la verdad y la humillación". El autor deja hacer, no interfiere la marcha de los acontecimientos ni intenta ningún *tour de force* que ayude al personaje. Lo contrario hubiera sido una intromisión bondadosa, pero falsificadora de la realidad.

Esta negación de auxilio nos lleva a pensar en un cierto fatalismo con respecto a la cultura de la época, en cuanto a que no son las apariencias lo que se condenan, sino

los actos. Hay algunas razones para suponerlo: las apariencias, en ambos casos, habíanse superado tras la tormenta; ya no existía pecado social, éste habíase perdonado. Pero más importante que esto es el hecho de que la negación de auxilio les venga dada por aquellos personajes que estaban implicados directamente en la acción. Por eso reitero que, desde mi punto de vista, es la responsabilidad individual deslindada lo que Clarín depura, por las razones aducidas, en ese mismo final de sus dos novelas.

Yo traería como testigos de cargo a Schopenhauer y a Renan a presenciar este canto de fatalismo pesimista sobre la inconsciencia. No es el pecado, sino la ignorancia del mismo lo que les conduce a ese final. Quizás no sea la salvación lo que niegue Clarín, sino el rayo de luz paulístico. Es por eso que no tienen importancia el pecado social en cuanto a apariencias, sino en lo que conlleva de enfermedad social interna. Por otra parte, lo que parece querer negar Clarín es que un momento de fe pueda más que una trayectoria vital de inseguridad y falta de identidad. En el caso de Bonis, lo que se pretende es seguir en la absoluta pasividad, haciendo que la regeneración sea realizada por otro en nombre propio; en el de Ana, volver a recomenzar el mismo camino. Pero lo que sí es cierto también es que ni uno ni otro se suicidan. ¿Es quizás una puerta abierta a la esperanza lo que Clarín deja abierta? Así parece entenderlo Elizabeth Sánchez cuando opina que "hay una cierta tendencia a desarrollar un principio de entropía en las dos obras de Clarín que confirman su visión pesimista tanto de la sociedad como del individuo, aunque bien es cierto que quedan residuos de fe en ambas novelas. Vitalismo corrector de tan desolado pesimismo, creencia en las fuerzas regeneradoras del orden natural, su fe en la vida"<sup>(3)</sup>.

Si en el final de **La Regenta** el sueño no es posible, en el final de **Su único hijo** tampoco; la necesidad en ambos casos es la que se impone con implacable realismo. A la realidad es a la que Clarín no pone puertas. ¿Quizá el problema esté en la disociación sueño-realidad en que ambos personajes pretenden seguir viviendo? En efecto, el final de ambas obras revela toda una serie de rasgos comunes desarrollados a lo largo de las mismas. Aunque a primera vista las dos novelas largas de Clarín se parecen en bien poco, analizadas más detenidamente, observamos que el tratamiento de situaciones y personajes en **La Regenta** y en **Su único hijo** tienen en común una distorsión irónica que conduce a esa disociación ya comentada, a cuya luz creo que cobra un especial significado el análisis de cualquier texto de ambas <sup>(4)</sup>. En **Su único hijo** podemos encontrar quizás algunos pasajes más. La disonancia es un recurso que el autor utiliza constantemente para diseñar a sus personajes. Podríamos apuntar aquí numerosos ejemplos, sirva como muestra el siguiente: quiere hacerse misionero en un arranque de misticismo, pero encuentra una pega insalvable en la probable ausencia de babuchas. Así van desfilando escenas y comentarios en las que la disociación alcanza cotas disuasorias unas veces, otras efectos cómicos que corroen a los personajes. No sólo utiliza este recurso con Bonifacio, compruébense la descripciones del ingeniero Körner o de su hija Marta, donde el autor acumula sarcasmo tras sarcasmo, y, donde, dicho sea de paso, apunta Clarín unas ideas bien modernas sobre la no transferencia directa entre el poder humanizador de la cultura y la conducta del individuo<sup>(5)</sup>.

Este heroísmo irónico de una novela junto a las continuas disonancias de la otra deben interrelacionarse necesariamente con el rechazo que Clarín muestra hacia la vulgaridad. Es importante analizar detenidamente este punto porque ilumina poderosamente lo que sucede en los finales de estas novelas. Para saber lo que opina el autor sobre el tema, baste abrir cualquiera de sus obras; allí encontraremos expresión clara de su pensamiento página tras página. En el prólogo a **La cuestión palpitante** Leopoldo Alas afirma que "lo malo de lo vulgar no es ser cosa de muchos, sino de los peores que son más". En **Su único hijo**, se encuentran tratados múltiples aspectos de lo vulgar, tanto en situaciones como en personajes. Su condena no es por debilidad social, sino por vulgaridad personal. De la época en que estaba escribiendo esta novela es este "Palique" aparecido en **El Madrid Cómico** el 28 de agosto de 1890, donde se observa, sin lugar a dudas, que su hipersensibilidad contra la necedad humana que gana el cielo y atormenta a los pocos espíritus sanos que aún quedan en la tierra era un tema omnipresente y obsesivo en la mente del autor: "Pocos saben -declara Clarín- por lo que respecta al carácter si se necesita tesón, voluntad de hierro, abnegación y verdadera modestia para ir contra la corriente de la vulgaridad, de la opinión hecha, del relumbrón oficial, de las vanidades encopetadas".

Asimismo, en **La Regenta**, con perspectiva opuesta, el rechazo, por parte del autor, a la mediocridad queda plasmado en el retrato que de Vetusta realiza, costumbres, modos y maneras, estampa, en definitiva, de la sociedad de su época. Juan Oleza constata este hecho, expresándolo clara y brevemente: "En **La Regenta** seres excepcionales luchan contra un mundo vulgar. En **Su único hijo** seres vulgares que anhelan ser excepcionales luchan contra su vulgaridad"<sup>(6)</sup>. No es arriesgado afirmar, por tanto, que el autor se ha propuesto tratar de ambas novelas un aspecto diferente del mismo tema: la mediocridad.

Centrándonos de nuevo en el desenlace de ambas novelas, el final es abierto y los personajes acaban solos con su propia verdad. En **Su único hijo**, la respuesta final ofrecida por Bonifacio es, por lo menos, inquietante. Desde el punto de vista lingüístico, el uso de la tercera persona, *su-suyo*, por parte del narrador, insiste en la ambigüedad. Ironía, por una parte; imposibilidad de discernir entre la realidad de los hechos y la mental, por otra. Efectivamente, la interpretación de uso del lenguaje nos indica que Bonifacio afirma su paternidad, pero ya el lector sabe de antemano que de eso sólo su fe es inquebrantable; recuérdense las sonrisas de los padrinos al enterarse de que quien toca el órgano durante el bautizo en Minghetti. ¿Para qué entonces esta declaración final tan sarcástica? Para asegurar que a Bonis no le queda otra cosa que su creencia. Para, quizás, negar por parte de Clarín, la suficiencia de la fe y afirmar la necesidad de las obras para salvarse. Final espléndido y enriquecedor debido al contraste directo con la función que Bonis asignaba a ese "avatar" de un hijo que fuera su alter ego.

Para J.M. Martínez Cachero, a menudo que transcurre la acción, Bonifacio se va salvando, "porque una inocente sinceridad humana ha comenzado a invadirle". El hecho de que Bonifacio Reyes sea "un alma de Dios" no creo que sea suficiente para llenar un vacío de identidad. Podemos traer a colación otras palabras del autor en el mismo prólogo a **La Regenta**, que aunque dichas por los personajes de esa novela, bien pueden

servir para los de **Su único hijo**: "La potente capacidad satírica de Alas zarandea a estas sus criaturas, que se mueven en tragicómica danza; no siente Alas simpatía por estos seres mezquinos y enlodados (mediocres y vulgares, podríamos añadir nosotros). Los contempla desde arriba, a sus pies, como muñecos risibles"<sup>(7)</sup>.

Analicemos si no resultaría demasiado grotesco que el amor paterno-maternal redimiera a Bonis. La solución adoptada por Clarín da el resultado completamente opuesto: la humillación declarada por boca propia. Podríamos decir que es tan imbécil que él mismo intenta su descabello con acierto. Para remachar esta interpretación, recuérdense las reiteradas palabras de Clarín contra la vulgaridad. Aplíquese simultáneamente a lo dicho con anterioridad lo expresado en el párrafo siguiente: "Hasta alguna vez se había sorprendido pensando: 'Yo soy un cualquiera; no soy un hombre de genio; seré como mi padre: un bendito, un ser vulgar'. Y ahora le gritaba el alma: '¡Un ser vulgar! ¿Por qué no? ¡Imbécil, imita la vulgaridad de tu padre!'"(SUH, pág. 171). La vulgaridad llevada al límite de la inconsciencia.

Por su parte, en **La Regenta**, como muy bien apunta Carolyn Richmon, la estructura circular de la novela, y entre los elementos que trae a colación para justificarla no se le escapa la presencia, en el principio y en el final de la obra, de Celedonio. "En ambas su actuación sustituye, de alguna manera, al Magistral", comenta. Y hablando del final afirma que aparece como "una grotesca inversión del príncipe (léase héroe) que con su beso despierta a la bella princesa durmiente"<sup>(8)</sup>. Es, sin duda, el beso que le hubiera gustado dar al Magistral y que su orgullo le impedirá dar, de ahí esa simbología negativa que exhibe en la boca de Celedonio. Este actúa en la obra como una especie de *alter ego* de aquel. Es como si fuera su aliento material, la materia que le ahoga, la parte del instinto ciego que no cabe junto a su orgullo. Ana no conocía a Fermín de Pas; su Magistral era parte de su sueño: "Volver a aquella amistad. ¿Era un sueño?". De haber sido de otro modo nunca hubiera vuelto a implorar su protección.

Se ha llegado a acusar a Clarín de "crueldad" con la Regenta, y de crueldad gratuita por este final; otros como G. Sobejano y G. Torrente Ballester lo ven esperanzado. "Sin embargo, dentro de la técnica de la novela -señala L.R. Alonso-, la escena está perfectamente justificada. Más aún, para Clarín es, sin duda, un sumario conscientemente elaborado del tema de la obra. Clarín va preparando el simbolismo del sapo desde mucho antes... 'El beso de Celedonio, contacto como de vientre de sapo, cierra simbólicamente el tema de la obra: El ensueño ideal ha sido vencido por la necesidad'"<sup>(9)</sup>.

En definitiva, el comparar el desenlace final de las dos novelas de Leopoldo Alas ofrece resultados reveladores para la comprensión y/o acercamiento al conjunto de su obra. Partiendo de los elementos comunes, claramente constatables y señalados al inicio de este artículo, llegamos a unas conclusiones comunes a ambas obras y relacionadas, a su vez, con la obra del autor en su conjunto. La dedicación de Clarín a la crítica literaria viene justificada, según sus propias palabras, por su intransigencia con la medianía y con la mediocridad. Este hecho, su desprecio a la vulgaridad, tiene importantes consecuencias en el planteamiento que en sus novelas reciben los personajes, tanto en sí mismos por su carácter indeciso y un tanto esquizofrénico, como en el desenlace final.

Ambos personajes comparten un ideal: el de llegar a ser seres extraordinarios (en el sentido literal del término), en definitiva, el de superar la mediocridad que les rodea y que les ataca. Son personajes, uno que lucha por redimirse de la injusticia de estar "condenada a vivir entre necios" y se desvía por el camino de la ensoñación, el otro que no es capaz de enterarse de que su ensueño es lo que no le permite entroncar con la realidad. Por tanto, aunque por distintas direcciones, ambos transitan el mismo camino de disociación de ensueño y realidad que los conducirá a un idéntico fracaso. Se apoyan en modelos consabidos y externos: el amor *romántico-rosa*, la religiosidad *blanda*, el misticismo evasivo con exclusión de la vía ascética, la procreación. Adolecen de un sentido global en su visión de las cosas: son idealistas y soñadores al margen de la realidad y de la materia. Y, sobre todo, adolecen de la suficiente fortaleza interior que les permita un mínimo de sacrificio y de esfuerzo. De ahí que sus intentos de redención acaben en humillación, porque carecen de compromiso personal, porque buscan en el exterior lo que les falta dentro, porque han situado su centro vital de gravedad fuera de sus dominios. No es de extrañar, por tanto, que en el desenlace final queden abandonados a su suerte, y como espejo fiel el espacio protector los expulse de sus dominios, los personajes en que se busca la salvación vuelvan la espalda. Ahí estaría el verdadero principio de su regeneración: en la consciencia del proceso de exterioridad en que han sumido sus vidas.

## NOTAS

\* Las citas de **La Regenta** están tomadas de la edición de J. M. Martínez Cachero, Planeta, Barcelona, 1967<sup>4</sup>. Las de **Su único hijo** corresponden a la edición de Salvat, Estella, 1972.

(1) L.R. Alonso, "**La Regenta**: contrapunto del ensueño y la realidad", **Los Cuadernos del Norte**, 23, enero-febrero 1984, pág. 8: "Clarín va preparando el simbolismo del sapo mucho antes. Recuérdese el capítulo nueve, cuando Ana a solas en el campo, mientras Petra se ha marchado a refocilarse con su primo, se entrega a sus sueños de idealidad (...)" "Un sapo en cuclillas miraba a la Regenta encaramado en una raíz que salía de la tierra como una garra. Lo tenía a un palmo de su vestido. Ana dio un grito, tuvo miedo. Se le figuró que aquel sapo había estado oyéndola pensar y se burlaba de su ilusiones" (**LR**, pág. 170).

(2) G. Torrente Ballester, "Madame Bovary en **La Regenta**", **Cuadernos del Norte**, 7, mayo-junio 1981, págs. 26-27.

(3) E. Sánchez, "La dinámica del espacio en **La Regenta** de Clarín", *ibidem*, págs. 33-34.

(4) Sobre este punto para **La Regenta** véase el artículo de Carolyn Richmon, "El heroísmo irónico de Vetusta", **Cuadernos del Norte**, 23, enero-febrero 1984, págs. 82-86.

(5) Más datos al respecto pueden encontrarse en el trabajo del profesor M. Montes Huidobro, "**Su único hijo**: sinfonía avatar de Clarín", **Archivum**, separata XXII, 1972, págs. 149-209.

(6) J. Oleza, "**Su único hijo** y la disolución de la fábrica naturalista", **Insula**, 514, octubre 1989, pág. 27.

(7) J.M. Martínez Cachero, *op. cit.*, pág. LIX.

(8) C. Richmon, *op. cit.*, pág. 86.

(9) L.R. Alonso, *op. cit.*, págs. 8-9.